



H. P. Lovecraft

El Ceremonial



ELEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL CEREMONIAL

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1925
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Esta edición de El Ceremonial ha sido traducida al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés en el número de enero de 1925 de la revista Weird Tales y disponible en en.wikisource.org.

Efficiunt Daemones, ut quae non sunt, sic tamen quasi sint, conspicienda hominibus exhibeant.

(Los demonios obran de tal manera que las cosas que no existen aparecen a los hombres como si fueran reales).

-Lactancio

Me encontraba lejos de casa, y el hechizo del mar del este se apoderó de mí. En el crepúsculo lo oía golpear en las rocas, y sabía que estaba justo al otro lado de la colina, donde los sauces retorcidos se contorsionaban contra el cielo despejado y las primeras estrellas de la tarde. Y como mis padres me habían llamado a la vieja ciudad de más allá, seguí adelante a través de la nieve poco profunda y recién caída a lo largo del camino que se elevaba solitario hasta donde Aldebarán titilaba entre los árboles; hacia la antigua ciudad que nunca había visto pero con la que soñaba a menudo.

Era la Navidad, que los hombres llaman Navidad aunque saben en sus corazones que es más antigua que Belén y Babilonia, más antigua que Menfis y la humanidad. Era la fiesta de Navidad, y yo había llegado por fin a la antigua ciudad marítima donde mi pueblo había vivido y celebrado la fiesta en la época más antigua, cuando la fiesta estaba prohibida; donde también habían ordenado a sus hijos que celebraran la fiesta una vez cada siglo, para que no se olvidara el recuerdo de los secretos primitivos. Los míos eran un pueblo antiguo, y lo eran incluso cuando esta tierra fue colonizada trescientos años antes. Y eran extraños, porque habían llegado como gente oscura y furtiva desde los opiáceos jardines sureños de orquídeas, y hablaban otra lengua antes de aprender la de los pescadores de ojos azules. Y ahora estaban dispersos, y sólo compartían los rituales de los misterios que ninguno de los vivos podía entender. Yo fui el único que regresó aquella noche al viejo pueblo de pescadores como mandaba la leyenda, pues sólo los pobres y los solitarios recuerdan.

Luego, más allá de la cresta de la colina, vi Kingsport extendiéndose heladamente en la penumbra; el nevado Kingsport con sus antiguas aspas y campanarios, sus caballetes y chimeneas, sus muelles y pequeños puentes, sus sauces y cementerios; los interminables laberintos de calles empinadas, estrechas y torcidas, y el vertiginoso pico central coronado por una iglesia que el tiempo no se atreve a tocar; incesantes laberintos de casas coloniales

amontonadas y dispersas en todos los ángulos y niveles como los bloques desordenados de un niño; la antigüedad planeando en alas grises sobre los aguilones blanqueados por el invierno y los tejados en forma de garganta; las luces de abanico y las pequeñas ventanas que brillan una a una en el frío crepúsculo para unirse a Orión y a las arcaicas estrellas. Y contra los muelles podridos golpeaba el mar; el mar secreto e inmemorial del que la gente había salido en los tiempos antiguos.

Junto a la carretera, en su cresta, se alzaba una cumbre aún más alta, sombría y azotada por el viento, y vi que era un cementerio en el que las negras lápidas se clavaban macabramente en la nieve como las uñas descompuestas de un cadáver gigantesco. El camino sin huellas era muy solitario, y a veces me parecía oír un horrible crujido lejano como el de una horca en el viento. Habían ahorcado a cuatro parientes míos por brujería en 1692, pero no sabía dónde.

Mientras el camino descendía por la ladera del mar, busqué los alegres sonidos de un pueblo al atardecer, pero no los oí. Entonces pensé en la época del año, y sentí que aquella vieja gente puritana podría tener costumbres navideñas extrañas para mí, y llenas de oraciones silenciosas junto al hogar. Así que después de eso no escuché la alegría ni busqué a los caminantes, sino que seguí bajando por las silenciosas granjas iluminadas y los sombríos muros de piedra hasta donde los letreros de las antiguas tiendas y tabernas marinas crujían con la brisa salada, y las grotescas aldabas de los portales con pilares brillaban a lo largo de las desiertas callejuelas sin pavimentar a la luz de las pequeñas ventanas con cortinas.

Había visto mapas de la ciudad y sabía dónde encontrar el hogar de mi pueblo. Me dijeron que me conocerían y me darían la bienvenida, pues la leyenda del pueblo vive mucho tiempo; así que me apresuré a atravesar la calle trasera hasta Circle Court, y a cruzar la nieve fresca en la única acera de losas de la ciudad, hasta donde Green Lane desemboca detrás de la Market House. Los viejos mapas seguían siendo válidos, y no tuve ningún problema; aunque en Arkham debieron de mentir cuando dijeron que los trolebuses llegaban hasta este lugar, ya que no vi ni un cable por encima. En cualquier caso, la nieve habría ocultado los raíles. Me alegré de haber optado por caminar, pues el pueblo blanco me había parecido muy hermoso desde la colina; y ahora estaba ansioso por llamar a la puerta de mi pueblo, la

séptima casa de la izquierda en Green Lane, con un antiguo tejado de picos y un segundo piso sobresaliente, todo ello construido antes de 1650.

Había luces en el interior de la casa cuando llegué a ella, y vi, por los cristales de las ventanas en forma de diamante, que debía de haberse mantenido muy cerca de su estado antiguo. La parte superior sobresalía de la estrecha calle cubierta de hierba y casi se unía a la parte sobresaliente de la casa de enfrente, de modo que me encontraba casi en un túnel, con el bajo umbral de piedra totalmente libre de nieve. No había acera, pero muchas casas tenían puertas altas a las que se llegaba por escalones dobles con barandillas de hierro. Era una escena extraña, y como yo era ajeno a Nueva Inglaterra, nunca había conocido algo parecido. Aunque me agradaba, la habría disfrutado más si hubiera habido huellas en la nieve, y gente en las calles, y algunas ventanas sin cortinas cerradas.

Cuando hice sonar la arcaica aldaba de hierro, sentí medio miedo. Algo de miedo se había apoderado de mí, tal vez por la extrañeza de mi herencia, y por lo sombrío del atardecer, y por la rareza del silencio en aquella vieja ciudad de curiosas costumbres. Y cuando respondieron a mi llamada, tuve mucho miedo, porque no había oído ningún paso antes de que se abriera la puerta. Pero no tuve miedo por mucho tiempo, ya que el anciano vestido y con pantuflas que se encontraba en la puerta tenía un rostro apacible que me tranquilizó; y aunque hizo señales de que era mudo, escribió una pintoresca y antigua bienvenida con el estilete y la tablilla de cera que llevaba.

Me hizo señas para que entrara en una habitación baja, iluminada con velas, con enormes vigas a la vista y muebles oscuros, rígidos y escasos del siglo XVII. El pasado estaba vivo allí, ya que no faltaba ningún elemento. Había una cavernosa chimenea y una rueda de hilar en la que una anciana encorvada, con una envoltura suelta y una profunda cofia, estaba sentada de espaldas a mí, hilando en silencio a pesar de la época festiva. Una humedad indefinida parecía invadir el lugar, y me sorprendió que no hubiera fuego ardiendo. El respaldo alto daba a la fila de ventanas con cortinas de la izquierda y parecía estar ocupado, aunque no estaba seguro. No me gustó nada de lo que vi, y volví a sentir el miedo que había tenido. Este miedo se hizo más fuerte de lo que antes lo había atenuado, pues cuanto más miraba el rostro anodino del anciano, más me aterraba su misma blandura. Los ojos no se movían, y la piel era demasiado parecida a la cera. Finalmente estuve seguro de que no era un rostro, sino una máscara diabólicamente astuta.

Pero las manos flácidas, curiosamente enguantadas, escribieron genialmente en la tablilla y me dijeron que debía esperar un rato antes de que me condujeran al lugar de la fiesta.

Señalando una silla, una mesa y una pila de libros, el anciano salió de la habitación; y cuando me senté a leer, vi que los libros estaban envejecidos y enmohecidos, y que incluían las salvajes Maravillas de la Ciencia del viejo Morryster, el terrible Saducismus Triumphatus de Joseph Glanvil, publicado en 1681, la espeluznante Daemonolatreja de Remigius, impresa en 1595 en Lyon, y lo peor de todo, el innombrable Necronomicon del loco árabe Abdul Alhazred, en la prohibida traducción latina de Olaus Wormius; un libro que nunca había visto, pero del que había oído susurrar cosas monstruosas. Nadie me hablaba, pero podía oír el crujido de los carteles en el viento del exterior, y el zumbido de la rueda mientras la anciana con gorro seguía hilando, hilando en silencio. La habitación, los libros y la gente me parecieron muy mórbidos e inquietantes, pero como una vieja tradición de mis padres me había convocado a extrañas fiestas, decidí esperar cosas extrañas. Así que traté de leer, y pronto quedé temblorosamente absorto por algo que encontré en ese maldito Necronomicón; un pensamiento y una leyenda demasiado horribles para la cordura o la conciencia, pero me disgustó cuando me pareció oír el cierre de una de las ventanas a las que daba el asentamiento, como si se hubiera abierto sigilosamente. Parecía seguir un zumbido que no era el de la rueca de la anciana. Sin embargo, esto no era gran cosa, ya que la anciana estaba hilando muy fuerte, y el viejo reloj había estado sonando. Después de eso, perdí la sensación de que había personas en el asentamiento, y estaba leyendo atenta y estremecedoramente cuando el anciano regresó calzado y vestido con un holgado traje antiguo, y se sentó en ese mismo banco, de modo que no pude verlo. Era una espera ciertamente nerviosa, y el libro blasfemo que tenía en mis manos la hacía doblemente nerviosa. Sin embargo, cuando dieron las once, el anciano se levantó, se deslizó hasta un enorme cofre tallado en un rincón y sacó dos capas con capucha; una de ellas se la puso y la otra la puso alrededor de la anciana, que estaba dejando de dar vueltas monótonamente. Entonces ambos se dirigieron a la puerta exterior; la mujer se arrastró cojeando, y el anciano, después de recoger el mismo libro que yo había estado leyendo, me hizo una seña mientras se ponía la capucha sobre aquel rostro o máscara inmóvil.

Salimos a la red tortuosa y sin luna de aquella ciudad increíblemente antigua; salimos mientras las luces de las ventanas con cortinas desaparecían una a una, y la Estrella de los Perros miraba de soslayo a la multitud de figuras encapuchadas y con capa que salían silenciosamente de todos los portales y formaban monstruosas procesiones por esta y aquella calle, pasando por los chirriantes letreros y los frontones antediluvianos, los tejados de paja y las ventanas con cristales de diamante; enhebrando callejones precipitados donde las casas decadentes se superponían y se desmoronaban unas a otras; deslizándose a través de patios abiertos y patios de iglesias donde las lanzas oscilantes hacían constelaciones ebrias y sobrenaturales.

En medio de estas multitudes silenciosas seguí a mis guías sin voz; empujado por codos que parecían preternaturalmente suaves, y presionado por pechos y estómagos que parecían anormalmente pulposos; pero sin ver nunca una cara y sin escuchar nunca una palabra. Arriba, arriba, arriba, las espeluznantes columnas se deslizaban, y vi que todos los viajeros convergían mientras fluían cerca de una especie de foco de callejones locos en la cima de una alta colina en el centro de la ciudad, donde se alzaba una gran iglesia blanca. La había visto desde la cresta de la carretera cuando miré a Kingsport en el nuevo crepúsculo, y me había hecho temblar porque Aldebarán había parecido balancearse un momento sobre la fantasmal torre.

Alrededor de la iglesia había un espacio abierto; en parte, un cementerio con fustes espectrales, y en parte, una plaza medio pavimentada que el viento había dejado casi sin nieve y que estaba bordeada por casas insanamente arcaicas con tejados en punta y aguilones. Los fuegos de la muerte danzaban sobre las tumbas, revelando vistas horripilantes, aunque extrañamente no proyectaban ninguna sombra. Más allá del cementerio, donde no había casas, podía ver la cima de la colina y observar el brillo de las estrellas en el puerto, aunque la ciudad era invisible en la oscuridad. Sólo de vez en cuando un farol se balanceaba horriblemente a través de las serpenteantes callejuelas en su camino para alcanzar a la multitud que ahora se deslizaba sin palabras hacia la iglesia. Esperé hasta que la muchedumbre se metió en la negra puerta y hasta que todos los rezagados la siguieron. El viejo me tiraba de la manga, pero yo estaba decidido a ser el último. Al cruzar el umbral hacia el templo enjambre de oscuridad desconocida, me volví una vez para mirar el mundo exterior mientras la fosforescencia del patio de la iglesia proyectaba un brillo enfermizo sobre el pavimento de la colina. Y al hacerlo

me estremecí. Porque, aunque el viento no había dejado mucha nieve, quedaban algunas manchas en el sendero cercano a la puerta; y en esa fugaz mirada hacia atrás, a mis atribulados ojos les pareció que no había ninguna marca de pasos, ni siquiera los míos.

La iglesia apenas estaba iluminada por todas las lanternas que habían entrado en ella, pues la mayor parte de la multitud ya había desaparecido. Habían subido por el pasillo entre los bancos altos hasta la trampilla de las bóvedas que se abría de manera horrible justo antes del púlpito, y ahora se retorcieron sin hacer ruido. Seguí mudo bajando los desgastados escalones y entrando en la oscura y sofocante cripta. La cola de aquella sinuosa hilera de mariscales nocturnos me pareció muy horrible, y al verlos retorcerse dentro de una venerable tumba me pareció aún más horrible. Entonces me di cuenta de que el suelo de la tumba tenía una abertura por la que se deslizaba la muchedumbre, y en un momento estábamos todos descendiendo por una ominosa escalera de piedra tosca; una estrecha escalera de caracol, húmeda y peculiarmente olorosa, que se adentraba sin cesar en las entrañas de la colina, entre monótonas paredes de bloques de piedra que goteaban y mortero desmoronado. Era un descenso silencioso y estremecedor, y observé, después de un horrible intervalo, que las paredes y los escalones eran de naturaleza cambiante, como si estuvieran cincelados en la roca sólida. Lo que más me preocupaba era que las innumerables pisadas no hacían ningún ruido ni provocaban ningún eco. Después de más eones de descenso vi algunos pasajes laterales o madrigueras que conducían desde recovecos desconocidos de la negrura a este pozo de misterio nocturno. Pronto se volvieron excesivamente numerosos, como impías catacumbas de amenaza innominada, y su penetrante olor a putrefacción se hizo insoportable. Supe que debíamos haber bajado a través de la montaña y por debajo de la tierra del propio Kingsport, y me estremeció que una ciudad estuviera tan envejecida y llena de males subterráneos.

Luego vi el escabroso brillo de la luz pálida y oí el insidioso chapoteo de las aguas sin sol. De nuevo me estremecí, pues no me gustaban las cosas que la noche había traído, y deseé amargamente que ningún antepasado me hubiera convocado a este rito primitivo. A medida que los pasos y el pasaje se hacían más amplios, oí otro sonido, la delgada y quejumbrosa burla de una débil flauta; y de repente se extendió ante mí la ilimitada vista de un mundo interior: una vasta y fúngica orilla iluminada por una eructante co-

lumna de enfermiza llama verdosa y bañada por un ancho y aceitoso río que fluía desde abismos espantosos e insospechados para unirse a los más negros golfos del océano inmemorial.

Desmayado y jadeante, miré aquel Erebus profano de hongos titánicos, fuego leproso y agua viscosa, y vi a las multitudes embozadas formando un semicírculo alrededor de la columna ardiente. Era el rito de Yule, más antiguo que el hombre y destinado a sobrevivirle; el rito primigenio del solsticio y de la promesa de la primavera más allá de las nieves; el rito del fuego y el verde perenne, la luz y la música. Y en la gruta pétrea les vi hacer el rito, y adorar el pilar enfermo de la llama, y arrojar al agua puñados arrancados de la viscosa vegetación que brillaba verde en el resplandor clorótico. Vi esto, y vi algo amorfo en cuclillas, lejos de la luz, tocando ruidosamente una flauta; y mientras la criatura tocaba me pareció oír nocivos aleteos apagados en la fétida oscuridad donde no podía ver. Pero lo que más me asustaba era aquella columna de llamas, que brotaba volcánicamente desde profundidades inconcebibles, sin proyectar sombras como deberían hacerlo las llamas sanas, y cubriendo la piedra nitrosa con un verdín repugnante y venenoso. Porque en toda aquella combustión hirviente no había calor, sino sólo la clamidia de la muerte y la corrupción.

El hombre que me había traído se revolvió hasta un punto situado directamente junto a la horrible llama, e hizo rígidos movimientos ceremoniales hacia el semicírculo al que se enfrentaba. En ciertas etapas del ritual se hacían reverencias grotescas, especialmente cuando él sostenía sobre su cabeza ese abominable Necronomicón que había llevado consigo; y yo compartía todas las reverencias porque había sido convocado a este festival por los escritos de mis antepasados. Entonces, el anciano hizo una señal al flautista que se veía a medias en la oscuridad, y éste cambió su débil zumbido por otro más fuerte en otro tono, precipitando así un horror impensable e inesperado. Ante este horror, me hundí casi en la tierra líquida, paralizado por un temor no a este ni a ningún mundo, sino sólo a los locos espacios entre las estrellas.

De la inimaginable negrura, más allá del gangrenoso resplandor de aquella fría llama, de las tartáreas leguas por las que aquel aceitoso río rodaba insólito, inaudito e insospechado, flotaba rítmicamente una horda de mansos, adiestrados e híbridos seres alados que ningún ojo sano podría jamás captar del todo, ni ningún cerebro sano recordar del todo. No eran del todo

cuervos, ni topos, ni buitres, ni hormigas, ni murciélagos vampiros, ni seres humanos descompuestos; sino algo que no puedo ni debo recordar. Avanzaban sin fuerzas, la mitad con sus patas palmeadas y la otra mitad con sus alas membranosas; y al llegar a la multitud de celebrantes, las figuras encapuchadas los agarraron y los montaron, y se fueron cabalgando uno a uno a lo largo de los tramos de aquel río no iluminado, hacia fosas y galerías de pánico donde los mananciales de veneno alimentan cataratas espantosas e indescifrables.

La vieja hilandera se había ido con la muchedumbre, y el viejo se quedó sólo porque yo me había negado cuando me indicó que tomara un animal y cabalgara como el resto. Cuando me puse en pie, vi que el amorfo flautista se había perdido de vista, pero que dos de las bestias se mantenían pacientemente a la espera. Cuando me quedé atrás, el anciano sacó su lápiz y su tablilla y escribió que era el verdadero representante de mis padres, que había fundado el culto de Yule en este antiguo lugar; que se había decretado que yo debía volver, y que los misterios más secretos estaban aún por realizarse. Escribió esto con una mano muy antigua, y cuando todavía dudé, sacó de su holgada túnica un anillo de sello y un reloj, ambos con las armas de mi familia, para probar que era lo que decía. Pero era una prueba espantosa, porque yo sabía por viejos papeles que ese reloj había sido enterrado con mi tatarabuelo en 1698.

En ese momento, el anciano se echó la capucha hacia atrás y señaló el parecido familiar de su rostro, pero yo sólo me estremecí, porque estaba seguro de que la cara no era más que una diabólica máscara de cera. Los animales que se agitaban se rascaban inquietos en los líquenes, y vi que el viejo estaba casi tan inquieto como ellos. Cuando una de las criaturas comenzó a alejarse, él se giró rápidamente para detenerla, de modo que la brusquedad de su movimiento desprendió la máscara de cera de lo que debería haber sido su cabeza. Y entonces, como la posición de aquella pesadilla me impedía acceder a la escalera de piedra por la que habíamos bajado, me arrojé al aceitoso río subterráneo que burbujeaba en algún lugar hacia las cuevas del mar; me arrojé a ese jugo putrefacto de los horrores interiores de la tierra antes de que la locura de mis gritos pudiera hacer caer sobre mí todas las legiones de cadáveres que estos golfos de peste pudieran ocultar.

En el hospital me dijeron que me habían encontrado semicongelado en el puerto de Kingsport al amanecer, aferrado a la balsa a la deriva que el azar

envió para salvarme. Me dijeron que la noche anterior había tomado la bifurcación equivocada del camino de la colina y que había caído por los acantilados de Orange Point; algo que dedujeron por las huellas encontradas en la nieve. No había nada que pudiera decir, porque todo estaba mal. Todo estaba mal, con los amplios ventanales que mostraban un mar de tejados en el que sólo uno de cada cinco era antiguo, y el sonido de los carros y los motores en las calles de abajo. Insistían en que aquello era Kingsport, y yo no podía negarlo. Cuando deliré al oír que el hospital estaba cerca del viejo cementerio de Central Hill, me enviaron al hospital St. Mary's de Arkham, donde podía recibir mejores cuidados. Me gustó el lugar, porque los médicos eran de mente abierta, e incluso me prestaron su influencia para obtener la copia cuidadosamente protegida del objetable Necronomicón de Alhazred de la biblioteca de la Universidad de Miskatonic. Dijeron algo sobre una "psicosis" y estuvieron de acuerdo en que era mejor que me quitara de la cabeza cualquier obsesión acosadora.

Así que leí ese horrible capítulo, y me estremecí doblemente porque, en efecto, no era nuevo para mí. Ya lo había visto antes, que las huellas digan lo que quieran; y donde lo había visto era mejor olvidarlo. No había nadie - en las horas de vigilia- que pudiera recordármelo; pero mis sueños están llenos de terror, a causa de frases que no me atrevo a citar. Sólo me atrevo a citar un párrafo, puesto en el inglés que puedo hacer a partir del torpe bajo latín.

"Las cavernas más profundas", escribió el árabe loco, "no son para que las vean los ojos, porque sus maravillas son extrañas y terribles. Maldito sea el suelo donde viven los pensamientos muertos con cuerpo nuevo y extraño, y malvada la mente que no tiene cabeza". Sabiamente dijo Ibn Schacabao, que feliz es la tumba donde no ha yacido ningún mago, y feliz la ciudad de noche cuyos magos son todos cenizas. Porque es un viejo rumor que el alma del comprado por el diablo no sale de su arcilla de charnela, sino que engorda e instruye al mismo gusano que roe; hasta que de la corrupción brota la vida horrible, y los aburridos carroñeros de la tierra se vuelven astutos para vejarla y se hinchan monstruosamente para plagarla. Grandes agujeros son cavados secretamente donde los poros de la tierra deberían ser suficientes, y cosas han aprendido a caminar que deberían arrastrarse."

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB